

Homenaje a César Vapñarsky

por Mabel Manzanal

Deseo evocarlo desde la amistad que mantuvimos y que se forjó hace cerca de 30 años. No es casual que esté recordando a César a partir de nuestro vínculo, porque cuando una persona querida "se va" aparecen reflejos de momentos vividos. E inevitablemente reflexionamos sobre la relación compartida que, en definitiva, es nuestra propia vida.

Conocí a César en el Posgrado Latinoamericano para Formación de Investigadores en Estudios Urbanos y Regionales dictado por el CEUR en el Instituto Torcuato Di Tella. Él era uno de sus distinguidos profesores y yo una de las alumnas que se iniciaba en las lides de la investigación, junto a otros 10 jóvenes estudiantes de distintas procedencias, profesionales y territoriales. Esto sucedió en marzo de 1975. Como pocos otros momentos lo recuerdo inmediatamente con total precisión. No tengo dudas, porque empecé aquellos cursos con mi pequeña hija Camila recién nacida y dudando si podría sobrellevarlos o no.

En realidad éste fue un período de referencias fuertes, dónde las amistades y la profesión que emergían debían convivir con un proceso de destrucción de los valores y la seguridad nacional nunca vividos antes en la historia argentina.

Nuestra amistad nació en un momento de inflexión en la vida de muchos de nosotros. Argentina vivía la peor crisis sociopolítica de su historia contemporánea,

con persecuciones ideológicas extremas. Mi experiencia me dice que las amistades cultivadas en aquel contexto nacional –que se prolongó durante varios años- fueron intensas y perdurables, de confidencias y protección mutua. Nuestra mayor preocupación era sobrevivir en un medio tan peligroso y hostil, y para ello necesitábamos desentrañar hechos ocultos, compartir secretos y estrategias de sobrevivencias individuales o familiares. Nos enfrascábamos en densas charlas que buceaban buscando explicaciones al presente y proyectando el devenir de esa realidad tan caótica. Pienso que fue aquella complicidad la que nos unió y forjó nuestra amistad centrada en la confianza mutua y en el expresarse libremente.

César en aquel entonces ya era un reconocido investigador respetado por sus pares, pero eso no impidió que comenzáramos a vincularlos como iguales, aunque en realidad él era mi guía académico, mi director, incluso mi jefe según la tarea emprendida en cada etapa.

Quizá este símbolo de académico respetado, de nivel internacional, con sus cejas tupidas que parecían enmarcar una profunda actitud reflexiva y su eterna pipa, hayan alimentado una imagen algo distorsionada de su persona: en un principio, la distancia entre él y nosotros, sus alumnos, parecía enorme. En edad, en formación, en actitud ante la vida, en la forma de encarar la cotidianidad. Sin embargo, otra perspectiva apareció cuando debimos compartir los avatares de aquella tragedia nacional que nos tocó vivir.

César tan sólo aparentaba mayor adustez y seriedad. Ese era su estilo, que utilizaba precisamente para proteger y alimentar su mirada crítica y también irónica frente a tanto vértigo e insensatez. Precisamente esa “armadura” lo ayudaba a sorprender a su interlocutor cuando formulaba sus apreciaciones sobre la vida

política e institucional, de nuestro país y también del mundo. Con esta modalidad, y su lenta parsimonia expresiva, lograba primero descolocarnos para finalmente hacernos partícipes de su cáustica mordacidad.

César era un erudito, pero quizá por eso también era un incrédulo innato. Descreía de la política y de los políticos, de la economía y de los economistas, de los burócratas y de la burocracia. Sistemáticamente se mantuvo al margen de las más variadas euforias que vivimos (la revolucionaria, la democrática, la progresista, la tecnocrática).

César era inmune a las modas políticas, urbanas, académicas, tecnológicas y a sus respectivas exigencias. Y siempre tenía a mano el comentario agudo y sutil que, teñido de seriedad, dejaba flotando en medio de una charla o discusión hasta penetrarla, logrando una sonrisa, una risa y hasta una carcajada, para alcanzar nuestra sensibilidad y hacernos más humanos.

César también era una persona reconcentrada y ensimismada en sus pensamientos, intrincada en sus disquisiciones, era difícil que adoptara con celeridad resoluciones rápidas. Y en este mundo de la velocidad, esta particular personalidad lo distanciaba, lo aislaba. Su trabajo era minuciosamente elaborado, en general con gusto y lejos de pretensiones curriculares. En el trabajo y en la vida le preocupaba más el contenido que el "continente".

César: en tan largo período compartimos buenos y malos momentos, propios y ajenos, personales y del país, trabajamos juntos, discutimos, nos acercamos y nos alejamos... nos divertimos en los ratos libres de aquellos motivantes viajes de trabajo: como cuando salimos en grupo a bicicletear en Leiden, Holanda, o cuando disfrutamos el Jeu de Pomme en París, o cuando visitamos tu querida General Roca porque afirmabas que debíamos tomarla como un referente de las "ciudades medias". Y allí, junto a las entrevistas a emprendedores fruticultores insististe en que debía probar los famosos

varenikes de tu tía Rosa. Compartimos reuniones y fiestas, y despedimos y recibimos juntos varios años. Hasta este último 2002-2003.
